

que ellos gozarán de la paz del **corazon**, y Dios los tratará como á hijos suyos. 8. Bienaventurados, en fin, los que padecen persecucion por la **justicia**; porque de ellos es el reyno de los cielos (*Luc. 6.*). Sí, hijos míos muy amados, continúa el Salvador, **estad** persuadidos que nunca seréis mas dichosos que cuando seais maltratados de los hombres por mi amor. Siendo el mundo enemigo declarado del maestro, no lo será **ménos** de sus discípulos. Yo os lo digo, y vosotros lo **experimentaréis**; que todos los que querrán vivir **devotamente**, y segun el espíritu y las máximas de mi evangelio, **padecerán** persecucion.

La virtud, continuó el Salvador, será bien exercitada en el mundo: á las gentes de **bien** se las mirará como á unas personas inútiles é **incómodas**: serán despreciadas, no habrá quien se quiera **acompañar** con ellas, se las cargará de injurias: su modestia, su **humildad** pasarán por fatuidad, su recogimiento por **melancolía**, su paciencia por estupidez: serán el objeto de la **irrision** y de la **zumba**, se inventarán mil medios **para** desacreditarlas, se echará mano hasta de la calumnia **para** infamarlas; pero sabed que con tal que sean fieles **en** servirme, gustarán de unas dulzuras inefables en todos esos ejercicios amargos de paciencia, y en medio de **todas** esas injustas persecuciones: no habrá otros que **mis** fieles siervos, que sean verdaderamente felices sobre la **tierra**: las pesadumbres, los lloros, la desesperacion y la **eterna** ignominia son y serán siempre las compañeras **inseparables** de los mundanos, Despues de esto, levantando la **voz**, dixo: ¡Ay de vosotros ricos del mundo, dichosos **del** siglo, gentes de comodidades y de placeres! porque **despues** de un puñado de dias pasados en un gozo falso, **inquieta**, superficial, no podeis esperar sino una eternidad **de** desdichas.

Hasta aquí habia hablado el Salvador para todos en general; ahora dirigiéndose á sus **apóstoles** y discípulos en particular, les dice: Vosotros, **á** quienes yo puedo llamar mis amigos, sabed que sois la **sal** de la tierra, y la luz del mundo. El doctor debe **preservar** los pueblos de la corrupcion de las costumbres: ¡qué **infelicidad**, si él mismo llega á corromperse! Debe **alumbrar**: ¡qué infelicidad, si esta luz padece algún eclipse! Vosotros no me habeis escogido á mí; yo soy quien os ha **sacado** á vosotros de entre la

muchedumbre, y quien os ha destinado para que vayais á hacer fruto, y un fruto que sea de una duracion eterna (*Joan. 15.*). Por lo demas, si el mundo os aborrece, sabed que primero me ha aborrecido á mí: si vosotros fuéseis del mundo, el mundo amaria lo que era suyo; pero porque no sois del mundo, por eso os aborrece el mundo. El criado no es mayor que su señor: si los del mundo me han perseguido á mí, ¿os perdonarán á vosotros?

Quiero preveniros lo que os ha de suceder: sereis perseguidos por mi amor de todos modos (*Luc. 21*): os prenderán, os maltratarán, os entregarán á las sinagogas, os pondrán en la carcel, os llevarán delante de los reyes y de los gobernadores por causa de mi nombre; esto sucederá para que me sirvais de testigos en todos los siglos; sin embargo, no temais ni cuideis de prevenir las respuestas que habeis de dar, porque yo os daré unas palabras y una sabiduría á que todos vuestros enemigos no podrán resistir, ni tendrán cosa que oponer: todas las potestades de la tierra y del infierno se desencadenarán contra vosotros: seréis entregados por vuestros padres y vuestras madres, por vuestros hermanos, por vuestros parientes, por vuestros amigos; y se imaginarán que hacen un gran servicio á Dios en quitaros la vida; sin embargo, estad seguros que no se perderá ni un cabello de vuestra cabeza; yo los tengo contados, y cuidaré de vosotros. Os he querido prevenir todo esto, para que cuando os suceda, acordándoos de mi palabra, y estando seguros de mi ayuda, no os asusteis.

§. XXIII.

Resúmen de la moral cristiana.

Miéntas que el Salvador instruía así á sus apóstoles, el auditorio se habia aumentado considerablemente por el concurso de la gente que venia de todas partes en tropas á oír sus instrucciones; y así, dirigiéndose á todos los que le escuchaban, les dixo (*Matth. 5.*): No penseis que he venido á abolir la ley y las profecías: el cielo

y la tierra perecerán ántes que dexen de cumplirse: he venido al mundo para cumplirlas: he venido para cumplir esta ley segun su espíritu, y en toda su perfeccion, la que hasta aquí habia sido ignorada.

Los escribas y fariseos hacen profesion de observar esta ley, y su aparente regularidad deslumbra y engaña; pero si vuestra virtud no sobrepuja á la suya, no entraréis jamás en el reyno de mi Padre. Hasta aquí os habeis contentado con tener horror al homicidio; y yo os digo, que la menor palabra injuriosa es un pecado. El mas estimable sacrificio será desechado si hay la menor frialdad en el corazon del que le ofrece. El adulterio es un gran delito; y yo os digo, que un solo deseo impuro hace culpable á uno de adulterio. El menor pensamiento impuro se debe desechar; y yo añado, que el mas ligero consentimiento en este pensamiento es un pecado mortal. La pureza que yo pido es una virtud tan delicada, que un hálito demasiado grande la ensucia, y el menor soplo la empaña. Si tu ojo derecho te escandaliza, arráncatele; quiere decir, si lo que te es mas apreciable y de mayor utilidad te es una ocasion de pecado, córtalo, huye de ello, sacrificalo sin dilacion, cueste lo que costare. Apártate de todas las ocasiones peligrosas; porque el que ama el peligro, perecerá en él. Todo divorcio está proscripto. Los juramentos vanos están tan prohibidos como el perjurio. No jureis jamás ni por el cielo, ni la tierra, ni por otra alguna criatura; la verdad no necesita de tantos puntales: contentáos con decir simplemente: esto es así, esto no es así; porque lo que se dice de mas, viene de un mal principio.

Habeis oido que está dicho (*Matth. 5.*): Ojo por ojo, y diente por diente; y yo os digo, que no hagais resistencia si acaso os maltratan; sino que si alguno os hiere en el carrillo derecho, le presentéis el ótro: al que os quiere poner pleyto para quitaros vuestra túnica, alargadle hasta vuestra capa; y si alguno os ruega que andéis mil pasos por servirle, andad dos mil mas por amor de él; de este modo quiero que la caridad y la mansedumbre hagan vuestro carácter.

Hasta aquí se os ha dicho, Amarás á aquel con quien tienes alguna alianza, y aborrecerás á tu enemigo; pero

yo os digo: amad tambien á vuestros enemigos, haced bien á los que os aborrecen, orad por los que os persiguen y por los que os calumnian; no basta el no quererles mal, es necesario, ademas de esto, hacerles bien, y prevenirles con vuestros buenos servicios y obsequios; porque si amais á los que os aman, ¿que recompensa mereceis en esto? Los publicanos hacen otro tanto; y si no saludais sino á vuestros hermanos, ¿qué haceis en esto de extraordinario? ¿No lo hacen así hasta los mismos paganos? Imitad en esto la conducta de vuestro Padre celestial, y procurad, en cuanto vuestra flaqueza os lo permitiere, llegar á lo que hay de mas perfecto y mas elevado en la virtud.

Decir solamente de boca que se perdona la injuria que hemos recibido, y el mal que se nos ha hecho, es un puro cumplimiento que puede engañar á los hombres, pero no á Dios, el cual quiere que se perdone de corazon; y acordáos que el perdon de las injurias que se concediere al próximo, es, por decirlo así, la regla y la medida del que se debe esperar de Dios. En lo demas, la caridad con que debeis amar á todo el mundo debe desterrar de vosotros todo juicio temerario y toda sospecha: á solo Dios toca el juzgar; y es abrogarse sus derechos el hacerse juez de los pensamientos de los ótros; ningun hombre debe juzgar de la intencion del ótro. Nunca hagais nada por respeto humano, y mucho menos por vanagloria: lo que entónces se trabaja, no solo no es meritorio delante de Dios, sino que es digno de un severo castigo; y así cuando deis limosna, procurad que vuestra mano izquierda no sepa lo que hace vuestra mano derecha: Dios no estima ni recompensa sino lo que se hace por su amor.

Huid toda ostentacion en vuestras buenas obras, se obra mal desde el punto que se hace alarde del bien: no hagais nada con el fin de ser vistos y estimados de los hombres: la hipocresía es una impiedad duplicada; sed amigos de orar, pero orad con humildad, con confianza, con fervor y con respeto. Habiéndole dicho los apóstoles que los enseñase á orar, como Juan habia enseñado á sus discípulos, les dixo: Cuando tengais que orar, debeis orar de este modo.

Padre nuestro, que estás en los cielos (*Matth. 5.*): santificado sea tu nombre: venga á nos el tu reyno: hágase tu voluntad, así en la tierra como en el cielo. El pan nuestro, ó que necesitamos para nuestra subsistencia, dánosle hoy: y perdónanos nuestras deudas, así como nosotros perdonamos á nuestros deudores: y no nos dexes caer en la tentacion; mas líbranos de mal. *Amen.* (Así sea). Pero cuando oreis, no imiteis á los hipócritas que gustan de orar de pie derecho en las sinagogas y en las plazas á fin de ser vistos de los hombres: en verdad os digo, que los tales ya han recibido su recompensa. Cuando vosotros hubiéreis de orar, entrad en vuestro cuarto, y cerrando la puerta luego que esteis dentro, orad á vuestro Padre en secreto, y vuestro Padre, que ve lo que está secreto, os recompensará vuestra oracion.

Procurad que vuestra oracion vaya acompañada con el ayuno; es decir, con la mortificacion, y de este modo será eficaz; pero en vuestras mortificaciones no imiteis á los hipócritas que afectan parecer pálidos y desmayados por la abstinencia. Tened siempre una cara alegre y serena el día que ayuneis, para que solo Dios sea testigo de vuestra penitencia. No deseis la condicion de los ricos y de los dichosos del siglo: la codicia es la raiz de toda suerte de males. No amontoneis para vosotros tesoros sobre la tierra, en donde el herrumbre y los gusanos lo consumen todo, y en donde los ladrones cavan y roban; y aun cuando pusiérais vuestros tesoros á cubierto de los accidentes y del pillage, ¿qué llevaréis de ellos con vosotros al sepulcro? Acaudalad tesoros en el cielo; porque en donde está vuestro tesoro, allí tambien está vuestro corazon. Sed ricos en virtudes y en buenas obras; pues todas las riquezas de este mundo no son otra cosa que espinas que punzan: sola la virtud es el verdadero tesoro.

§. XXIV.

Prosigue la moral de Jesucristo.

Servid á Dios con fervor y con fidelidad, y no os cuideis de agradar ó desagradar al mundo; pues nada teneis que

esperar de él. Ninguno puede servir á dos amos: acordáos que no teneis otro soberano Señor que á Dios; servidle con confianza, y estad seguros que el que alimenta á las aves del cielo, y hace crecer los lirios ó azucenas del campo, no se olvidará de vosotros en vuestras necesidades. Buscad ante todas cosas el reyno de Dios y su justicia, y todo lo demas se os dará como por añadidura.

Disculpád á vuestros hermanos, y usad con ellos de indulgencia si quereis que se use de la misma con vosotros. ¡Cosa extraña! No vemos una viga, por decirlo así, en el ojo propio, y vemos una paja en el ojo de nuestro hermano: examinamos escrupulosamente las menores imperfecciones del próximo, exágeramos hasta sus menores defectos, vemos hasta los menores átomos, tenemos un zelo ardiente, y á veces tambien inquieto, gritamos eternamente que necesita de reforma, y pasamos tranquilamente por sobre nuestros mas groseros defectos. Hipócrita, quita primero la viga de tu ojo, y despues pensarás en quitar la paja del ojo de tu hermano: si teneis zelo, empezad siempre la reforma por vosotros mismos.

No te olvides jamás que con la misma medida que midieres á los otros, se te medirá á tí: haz, pues, con los otros todo lo que quieres que los otros hagan contigo. Cuidado con no desconfiar jamás de la bondad de tu Padre celestial: vete sin cesar á él con confianza; no temas que tu importunidad le enfade: al contrario, las mas veces difiere otorgar lo que se le pide solo por el gusto que tiene de ser importunado. Pedid, y se os dará: buscad, y hallaréis: llamad á la puerta, y se os abrirá. Si no se os concede siempre lo que pedís, es porque las mas veces pedís lo que ha de seros nocivo: un buen padre jamás le dará una piedra á un hijo pequeñuelo que le pide pan.

No ignoro, añadió el Salvador, que hallaréis muchas dificultades en la práctica de estas máximas tan saludables; quiero advertiroslo de ante mano, y daros al mismo tiempo los medios de superarlas. La primera dificultad que hallaréis es el exemplo del mayor número de los que se dicen mis discípulos: se dirán mis discípulos, y nada ménos seguirán que mis máximas y mis leyes. El gran número no sea jamás vuestra regla; porque el camino que

lleva á la perdición es espacioso, y ancha la puerta; y este es el camino que siguen los mas. Al contrario, el camino que lleva á la vida es estrecho, y apenas me atrevo á deciros lo corto que será el número de los que tomarán esta ruta (*Matth. 7.*). ¡Qué angosta es la puerta, y qué estrecho el camino que lleva á la vida! ¡y qué pocas gentes hallan la entrada! Bastante doy á entender que hablo de la ley evangélica, cuya moral y cuyas máximas he querido explicaros sucintamente, y como en compendio. Por mas que asegure que mi yugo es suave, y mi carga ligera, mis máximas no serán del gusto de los mundanos, y no faltarán personas que encontrarán mi moral demasiado austera; no obstante, no hay otro camino que éste que lleve al cielo; toda otra senda mas acomodada, mas ancha extravía; y este es el motivo por qué es tan corto el número de los escogidos de Dios. Sobre lo cual habiéndole dicho uno: Señor, ¿con que son tan pocos los que se salvan? El Salvador se excusó de responder, al parecer por no aterrarles, y se contentó con decirle: Esforzáos para entrar por la puerta angosta; porque os digo, que muchos buscarán cómo entrar, y no podrán por haberse extraviado demasiado.

El otro peligro que debeis evitar, y contra el cual debeis estar alerta, son los falsos profetas; guardáos de estos hipócritas, de estos lobos voraces revestidos de pieles de oveja, que baxo un exterior modesto y compuesto, que no respira sino sencillez y mansedumbre, armarán lazos á vuestra sencillez y á vuestra inocencia: unos, lisonjeando la concupiscencia y el amor propio, se esforzarán á justificar el camino ancho con el exemplo de la muchedumbre, y con falsos racionios para haceros entrar en él: otros, haciendo ostentacion de un falso zelo, y deslumbrándoos con un exterior engañoso y mortificado, querrán estrechar todavía mas el camino estrecho, y hacer la salvacion mas difícil de lo que es, y con esto acobardar y asustar á muchas gentes, ligando cargas pesadas y que no se pueden llevar, y poniéndolas sobre las espaldas de los otros, y á las que estos hipócritas ni quieren ni aun arrimar el dedo. Sin embargo, por mas disfrazados que estén, los conoceréis fácilmente por sus obras: un árbol malo no es capaz de

llevar fruto bueno. Sabed, que no todos los que me dicen, Señor, Señor, entrarán en el reyno de los cielos. Yo no juzgaré á los hombres por su sistema, sino por el mio; ni reconoceré por míos, sino á los que hubieren hecho la voluntad de mi Padre, viviendo segun mis máximas y mi espíritu: el dia del juicio quitará la mascarilla á todos estos falsos profetas, á todos estos hipócritas. Yo sé que muchas personas me dirán en aquel dia: Señor, Señor, ¿no profetizamos nosotros en tu nombre? ¿no expelimos los demonios en tu nombre? ¿no predicamos con feliz suceso en tu nombre? ¿no dirigimos con fruto, no enseñamos con admiracion? ¿no hicimos en tu nombre estupendas conversiones, un gran número de buenas obras y de milagros? Y yo les diré entonces abiertamente: No os conocí jamás por mis verdaderos discípulos: apartáos de mí, vosotros que hicisteis obras de iniquidad, pues buscásteis vuestra gloria en vuestras mejores acciones; y de ningun modo la gloria de mi Padre: predicásteis mas bien vuestra doctrina que la mia: con vuestra conducta desmentisteis la santidad de la moral que exágerábais, solicitando vuestro aplauso: á la verdad, yo saqué mi gloria de vuestros trabajos; pero como vosotros no trabajásteis por mí, tampoco debeis esperar de mí el premio: trabajásteis sin provecho, ó por mejor decir, con pérdida, desde que solo buscásteis vuestro interés, desde que no seguisteis sino vuestra inclinacion, y desde que en el cumplimiento y desempeño de vuestro ministerio no hicisteis sino vuestra propia voluntad. Tal fue el admirable sermón que predicó Jesus en el monte, y en otras partes, y que me ha parecido deberle reunir aquí para abreviar esta historia: es un resumen de la divina doctrina del Salvador, la que hasta entonces era desconocida á todos los hombres. Ni los antiguos patriarcas, ni los profetas, aunque por otra parte tan ilustrados, habian podido hacer este descubrimiento: su vista era demasiado limitada para penetrar tan arriba; solo aquel que la habia bebido en el seno del mismo Dios la pudo hacer inteligible. Una moral tan santa, tan pura, tan perfecta, tan sublime no podia aprenderse sino en la escuela del Hijo de Dios. Sería menester trasladar palabra por palabra todo el evangelio si

se quisiera referir aquí toda la sagrada doctrina de Jesucristo; al modo que si se quisieran referir todas las maravillas que hizo Jesucristo durante su vida mortal, no podrían caver en todo el mundo, como dice san Juan, los libros que sería preciso escribir.

§. XXV.

Otros milagros de Jesucristo.

Habiendo baxado el Salvador del monte, donde acababa de instruir á sus discípulos y á toda la gente que se había juntado, un leproso vino á arrojarle á sus pies (*Luc. 7.*): díxole Jesus que se levantara, y se levantó limpio de su lepra. Luego despues, al ir á entrar á Cafarnaun, le rogáron los principales judíos de la ciudad que curara á un enfermo que estaba á los últimos; el tal era criado de un Centurion; esto es, de un oficial romano que mandaba cien soldados: este oficial era gentil; pero amaba á los judíos, y les habia hecho edificar una sinagoga. Púsose en camino Jesus para ir á su casa; pero el oficial vino en persona donde estaba Jesus, y le dixo: Señor, no os incomodeis, porque no merezco yo que entréis en mi casa; y así me ha parecido que ni aun era digno de ir á veros; pero con una palabra que digais, quedará sano mi criado. Una fe tan viva agradó tanto al Salvador, que volviéndose hácia la gente que le seguia, les dixo: En verdad os digo, que no he encontrado tanta fe en Israel. ¡O, y cuántos extrangeros tendrán parte en la herencia celestial, de que serán privados los que debían ser los primeros herederos, como hijos primogénitos que son! Encarándose despues al Centurion, le dixo: Anda, hágase lo que deseas, segun tu fe, y en aquel mismo instante viniéron á decir al oficial, que su criado estaba perfectamente sano.

Habiéndole preguntado algunos discípulos de Juan Bautista, ¿por qué sus discípulos no ayunaban, cuando ellos pasaban toda su vida ayunando? Les respondió: ¿Cómo quieres que los amigos del Esposo estén tristes y se aflixan, miéntras que el Esposo está con ellos? Pe-

ro dia vendrá en que les será quitado el Esposo, y entonces ayunarán, y su ayuno será harto mas austero que el vuestro.

Pocos dias despues, yendo Jesus á la ciudad de Nain, encontró á la puerta de la ciudad el acompañamiento de un jóven que llevaban á enterrar: el tal era un hijo único de una viuda, la cual iba en el acompañamiento desconsolada y llorosa. El Salvador, movido á compasion de la afligida muger, la dixo: No llores; y acercándose luego á las andas, puso sobre ellas la mano, y le dixo al muerto: Mancebo, levántate, yo te lo digo: lo mismo fué decir esto, que incorporarse el muerto, sentarse sobre las andas, y empezar á hablar; y cogiéndole Jesus de la mano, le entregó sano y bueno á su madre. No se puede decir cuál fue la admiracion de todos los circunstantes: ¿Se vió jamás cosa igual, se decian unos á otros, llenos de un santo temor? ¿se vió jamás un profeta tan grande? La fama de este prodigio se extendió bien presto por todo el pais, y no habia quien no quisiera ver y oir al que hacia semejantes milagros.

Los discípulos de san Juan fueron á ver á su maestro á la cárcel, y le contáron todos estos prodigios: en lo aturridos y pasmados que estaban, conoció claramente el santo Precursor, que aunque les habia dicho tantas veces y tan expresamente que Jesus era el Mesías, todavía no lo creían; y así quiso que fuesen á convencerse de éllo por sí mismos. Habiendo, pues, ido los discípulos de Juan á hablar al Salvador, le dixéron: Juan Bautista nos ha enviado á saber de ti, si eres el que ha de venir, ó si debemos esperar otro.

El Salvador, que estaba rodeado de una infinidad de gente, no les respondió por el pronto: curó entretanto en presencia de ellos todos cuantos enfermos habian venido á él, é hizo á su vista un gran número de milagros; y encarándose despues á los discípulos de Juan, les dixo: Id á contar á vuestro maestro todo lo que acabais de ver: decidle que los ciegos ven, que los cojos andan por su pie, que los leprosos quedan limpios, que los sordos oyen, que los muertos resucitan, y que será bienaventurado el que no se escandalizare de mí; es decir, el que no dudare de mi divinidad al verme en la